

*En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?». Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo". Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: "Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré". Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: "¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?". Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano». Cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea y vino a la región de Judea, al otro lado del Jordán.*

El perdón nos libera del rencor. El perdón no es una cuestión de cantidad sino de calidad. ¿Cuántas veces debo perdonar? Siempre.

El perdón es un acto de la voluntad. Hay que querer perdonar, de corazón. Como todo proceso de curación, no es algo automático, sino que lleva su tiempo. Querer de verdad perdonar, es empezar a perdonar.

Jesús hace referencia a la manera como Dios Padre perdona a quien se lo pide: gratuitamente, completamente y siempre. Si Dios me perdona así, así debo perdonar yo, con la ayuda de la gracia de Dios y poniendo la parte que a mí me toca. Así desarrollo en mí la imagen de Dios que soy por creación.

En la parábola, fíjate que el que no perdona tiene en su corazón rencor, que le hace ser exigente y despiadado con su deudor. Además, está ciego y es un desagradecido del perdón que ha recibido, por una deuda mucho mayor. No vive en la realidad, sino que la modela a su conveniencia.

Ofrecer el perdón nos libera del rencor y nos permite sanar las heridas. Nos hace más realistas y más humildes. El perdón no implica que nos deje de doler lo que nos ha sucedido. Sin embargo, nos permite canalizar constructivamente la ofensa que hemos recibido, y nos da una libertad interior para avanzar con fuerza en la vida. Dios perdona porque ama. Cuando perdono, crece en mí el amor.